

Cinco proposiciones sobre la historia del sionismo político¹

Élie Barnavi

(Universidad de Tel Aviv)

Resumen

El sionismo fue un producto de la efervescencia nacionalista en Europa durante la segunda mitad del siglo XIX. A pesar de que sus miembros provenían de un amplio espectro de opiniones e ideologías, todos compartían la meta de la fundación de un estado judío en Palestina. El autor mantiene que, a pesar de que este propósito se logró, la situación geopolítica de Israel nunca se consiguió normalizar. Esto causó, por un lado, la obsolescencia del sionismo, y por otro la emergencia de un pequeño pero activo grupo de sionistas mesiánicos. Sin embargo, el autor mantiene que dentro de la sociedad israelí se ha llegado a un consenso para la normalización a través del acuerdo sobre el amplio tema de las fronteras de Israel. El problema es cómo llevar a cabo esta resolución, cuya urgencia se fundamenta en el desarrollo demográfico de la zona.

Palabras clave: Israel – Sionismo – nacionalismo – anti semitismo – nacionalismo árabe

Abstract

The Zionist movement was a product of the nationalistic fever, which took over Europe in the second half of the nineteenth century. Although its supporters came from a range of different opinions and ideologies they all shared the goal of establishing a Jewish state in Palestine. The author claims that although this goal has been achieved the geo-political situation of Israel has never been normalized. This has led on the one hand to Zionism becoming obsolete and on the other to the emergence of a small but active minority of messianic Zionists. However, it is maintained in the article that in Israeli society there is an understanding of the importance of a lasting agreement about the frontiers of Israel. The problem is carrying out this resolution, whose urgency stems from the demographic characteristics of the situation in the area.

Key Words: Israel – Zionism – nationalism – anti-Semitism – Arab nationalism.

¹ Traducción de Antonio Hermosa Andújar.
Araucaria. Revista Iberoamericana de Filosofía, Política y Humanidades, N° 19. Primer semestre de 2008.
Págs. 93-98.

I. El sionismo fue una necesidad histórica

No estoy haciendo referencia a no sé qué determinismo histórico que hubiese hecho del sionismo el desenlace necesario de dos milenios de historia judía. Se trata sólo de constatar que en la efervescencia nacional de la Europa central y oriental —es decir, de allí donde se concentraban las nueve décimas partes del pueblo judío— de la segunda mitad del siglo XIX, un movimiento nacional judío no podía no ver la luz. Al organizarse Europa en Estados-naciones, era inevitable que ciertos espíritus audaces concibiesen un Estado-nación judío como la sola solución *moderna* a la sempiterna *cuestión judía*. Así, cuando Moses Hess, el padre del sionismo político —y del comunismo alemán—, publica en la estela de la unificación italiana su obra fundante *Roma y Jerusalén*, le añade este revelador subtítulo: *La última cuestión nacional*. Desde luego, los promotores del sionismo percibían con claridad que el movimiento nacional judío no estaba en verdad hecho a imagen de todos los demás, aunque no fuera sino porque los pueblos en medio de los cuales vivían disponían de un territorio propio. Mas esa peculiaridad, fruto de una historia desdichada, no les parecía en grado de debilitar la validez de su reivindicación. Allá lejos, en el este europeo, los judíos constituían una *nación*, en el doble sentido, étnico y religioso, que dicho vocablo revestía. Poseían sus lenguas, el yidish y el hebreo, se reconocían en un pasado común, habían elaborado una cultura vívida y rica, en cuyo interior la religión no era sino un elemento más. El propio territorio también existía, aunque hubieran sido despojados del mismo en un pasado lejano. El propio nombre de *sionismo*, forjado por Nathan Birnbaum en 1890, vinculaba genialmente la antigua aspiración a Sión y la reivindicación moderna a la realización del yo nacional.

Que dicha solución no se impuso a todos de golpe, es claro. Al principio fue una idea ultra-minoritaria, una rareza casi, sin agarre real sobre las masas ni sobre los intelectuales. Al no ser la alienación del judío sino una forma particular de la alienación del hombre en general, otras soluciones parecían más razonables, en especial la revolución socialista, a la que, como es sabido, tanto habrían de dar los judíos. Los que entre ellos permanecían afectos al nacionalismo judío reivindicaban la autonomía local judía en el cuadro de una nación polaca, o rusa, o rumana emancipada. Su principal expresión política fue el *Bund*, el partido obrero judío autonomista creado en Vilna en 1897, y que se convertirá meses más tarde en el núcleo del nuevo partido obrero socialdemócrata de Rusia. Otros, como Rosa Luxemburgo o León Trotski, no veían en el judaísmo más que un anacronismo viviente mantenido de manera artificial por el antisemitismo, él mismo producto de la alienación capitalista. Otros, en fin, contaban con los grandes mitos fundadores de la modernidad liberal

—el Progreso, la Ciencia, la Democracia— para hacer recular las tinieblas de la ignorancia y cortar de una vez por todas las cabezas de la hidra antisemita.

Los sionistas participaban de esa situación intelectual, pero se mostraban escépticos sobre los resultados dados por descontado. Los antisemitas debían darles la razón. Eran de derecha y de izquierda, conservadores y revolucionarios. Sin ellos, la *sed de Sión* habría permanecido como durante milenios: un movimiento del alma religiosa. Sin ellos, nada de sionismo. Queda claro que el antisemitismo reaparece en cada giro decisivo del sionismo. León Pinsker, médico de Odesa y espíritu emancipado donde los haya, publica su *Autoemancipación* al socaire de los progromos de 1881, tras lo cual se pone al frente del movimiento protosionista ruso *Hoveveï Zion* (los *Amantes de Sión*); y el mismo Theodor Herzl, el prototipo de intelectual judío asimilado de Europa central, escribe su *Estado judío, intento de una solución moderna del problema judío* después del *affaire* Dreyfus, al que asiste como corresponsal de un periódico vienés. Herzl no se contenta con escribir. En Basilea, en 1897, convoca el primer Congreso sionista, crea la Organización Sionista Mundial, un periódico y un banco, y propulsa el movimiento sobre la escena internacional. El verdadero fundador del sionismo político es él.

Empero, sería falso considerar el sionismo como la expresión del fracaso de la emancipación inaugurada por la Revolución Francesa. Tal y como lo muestra el ejemplo de esos hombres, productos puros de la emancipación a la francesa, el sionismo es simplemente la otra cara de la misma: la cara colectiva. Allí donde la emancipación individual se confirmaba imposible, el sionismo sugería la emancipación nacional.

2. El sionismo es un nombre de familia

El sionismo es esa doctrina política que preconiza la creación en Palestina de un Estado-nación moderno mediante el *regreso* en masa de los judíos a su tierra ancestral. Tan amplia definición engloba tendencias muy diversas y con frecuencia antagónicas. De hecho, el movimiento siempre ha reflejado todas las opiniones e ideologías florecidas en la Europa de los siglos XIX y XX. Hay un sionismo *burgués* de derechas, encarnado en el llamado movimiento “revisionista” de Vladimir Ze’ev Jabotinsky; un sionismo *burgués* liberal, del que Chaïm Weizmann, el hombre que arrancó a los británicos la famosa *Declaración de Balfour* de noviembre de 1917, y que será el primer Presidente del Estado de Israel, sería el mejor representante; y, sobre todo, un sionismo de izquierdas, que, desde la extrema izquierda marxista, revolucionaria y colectivista del Mapam (el Partido Obrero Unificado), hasta el laborismo de Ben Gurión y sus amigos del Mapaï (el Partido Obrero de Palestina), ha abrazado todos los matices ideológicos de la izquierda europea. Si es la izquierda laborista la que

ha terminado por identificarse con la empresa sionista, ello se ha debido a que se adueñó a partir de los años 30 de todas las palancas del Yisuv (la comunidad judía de la Palestina mandatada), y del Estado más tarde; y a que no las soltó hasta la *inversión* de mayo de 1977, que permitió por vez primera el ascenso de la derecha al poder. Pero si se ha asegurado un tal ascendiente sobre el país, ha sido porque sus jefes, con Ben Gurión a la cabeza, supieron combinar ideología obrerista y pragmatismo político; y, en una realidad extraña, en la que los partidos han precedido al Estado y el sindicalismo a una clase obrera digna de tal nombre, inventar las herramientas que necesitaban para colonizar la tierra (el *kibutz* y el *mosav*), desarrollar el país (la *Hystadrut*, la enorme central sindical creada en 1920), defender el Yisuv (la *Haganah*, la organización clandestina de defensa fundada ese mismo año) y poner en funcionamiento las instituciones del Estado en gestación.

Ahora bien, más allá de las divergencias doctrinales y estratégicas de una violencia inaudita, que a veces incluso llegaban al enfrentamiento físico, el sionismo debió su éxito histórico a dos factores que hicieron de él algo único en el panorama judío de la época: todas las tendencias del movimiento han compartido el mismo –negro– análisis de la condición judía de la Diáspora; y, gracias precisamente a su diversidad, supo tomar en cuenta el conjunto de la historia judía. La *Shoà* le daría trágicamente la razón respecto del primer punto, confiriéndole de golpe el carácter de evidencia que hasta entonces le faltaba, y reuniendo en torno a sus jefes lo esencial de lo que quedaba del pueblo judío; la creación del Estado de Israel le daría la razón sobre el segundo.

3. El sionismo es un logro histórico objetivo...

Siendo el objetivo primero, común a todas sus tendencias, del sionismo político el establecimiento de un Estado judío soberano en Palestina, constatamos de inmediato que dicho fin ha sido alcanzado. La asombrosa profecía de Herzl (“En Basilea he fundado el Estado judío... en cinco años quizá, en cincuenta seguro, todo el mundo podrá verlo”) se ha cumplido con unos meses de anticipo: el 14 de mayo de 1948, David Ben Gurión proclamaba en el Museo de Tel Aviv el Estado de Israel. Contrariamente a lo esperado por la mayor parte de los observadores, dicho Estado ha resistido victoriosamente el asalto de sus vecinos y evolucionado en el curso de los años hacia una entidad nacional poderosa que ha pasado con éxito las temibles pruebas que le han sido impuestas: se ha convertido en el marco en cuyo seno un pueblo muy antiguo y disperso se ha transmutado en nación moderna; ha permitido la eclosión de una cultura original y dinámica, fundada en una lengua resucitada; ha acogido, en un esfuerzo de integración sin par en los anales de las naciones, los restos de las comunidades diezmadas de Europa, y la práctica totalidad de las comu-

nidades de los países islámicos; ha llevado a cabo todo ello en condiciones dramáticas, y siempre preservando sus estructuras democráticas y las libertades fundamentales de sus ciudadanos.

Al mismo tiempo, el sionismo ha llegado a ser claramente la ideología del conjunto del pueblo judío, y el Estado, su polo de referencia y reconocimiento –en palabras de Ben Gurión: “la nueva interpretación del pueblo judío”. Por vez primera desde el Exilio, la simple existencia del Estado forzaba a los judíos de todo el mundo a determinarse en relación a él, ofreciéndoles la opción entre la existencia en la diáspora y la opción nacional.

En fin, el Estado ha cambiado radicalmente la imagen del Judío, y si bien no ha puesto fin al antisemitismo ¡faltaría más!, al menos sí ha liquidado un cierto número de supuestos.

Resumamos, pues: al reinsertar –era su ambición– a los judíos en la Historia, y conformar con ellos un sujeto activo y voluntario, el sionismo político ha satisfecho ampliamente su contrato.

4. ... y objetivamente incompleto

Jamás se desarrollo por completo una ideología: la República, se sabe, jamás es tan bella como durante el Imperio. El sionismo político y el Estado que ha parido no escapan a esa regla común. Al respecto, por una parte, son inocentes. La tragedia del primero es la de haber tomado auge en una época en la que sus ambiciones no podían dejar de chocar con el naciente nacionalismo árabe, y la de haber debido su desenlace a una catástrofe inaudita, la *Shoah*, que lo privó en el mismo golpe de las fuerzas vivas del pueblo en cuyo nombre actuaba. El drama del segundo consiste en haber nacido y haberse agrandado en la guerra. Así pues, por una parte, son las circunstancias históricas de su nacimiento y de su evolución lo que han hecho al Estado judío incapaz de cumplir plenamente el proyecto normalizador por partida doble del sionismo político: la normalización de la existencia judía y la del lugar de los judíos entre las naciones.

Pero por otra parte no omitible, la evolución de la ideología y el comportamiento de las élites cuentan mucho. El propio éxito del proyecto sionista ha vaciado el sionismo laico y emancipador de su contenido, y en ese vacío se ha precipitado una rama en su origen contenida del sionismo político: el sionismo mesiánico, propulsado merced a la Guerra de los Seis Días y al admirativo redescubrimiento del corazón del Israel bíblico (la *Judea-Samaria*) de la periferia del movimiento sionista en su centro. En el ambiente hedonista del post-sionismo, una minoría, ínfima pero activa, poderosa y organizada, ha terminado por dictar el orden del día al conjunto de la clase política. El proyecto normalizador ha cedido así ante un excepcionalismo judío en adelante centrado

en el Estado entendido como la herramienta de la redención. La salvación del pueblo judío se ha visto subordinada a la salvación de la Tierra de Israel.

5. El sionismo ha agotado ampliamente su tarea histórica

Se está legitimado para ver en la querrela de los territorios, en la que la batalla de la desconexión no es sino un episodio más, el enfrentamiento entre estas dos lecturas del sionismo político. Pero el desenlace de la misma está escrito por adelantado. De hecho, a pesar del activismo del neosionismo mesiánico, el debate ideológico está desde ya cerrado en beneficio de la normalización, es decir: de la definición de las fronteras del Estado judío. La materialización de dicha elección es lo que se revela difícil, en razón de los bloqueos políticos llevados a cabo por ambas partes, así como de la impotencia de la comunidad internacional. Ahora bien, el factor tiempo es determinante para el futuro del Estado de Israel: y es que, en efecto, las realidades demográficas determinan una alternativa trágicamente simple: o el repliegue, *hoy*, hacia las fronteras del 67 y el mantenimiento de un Estado *judío* –esto es, un Estado en el que los judíos, mayoritarios, puedan determinar libremente su destino–, o bien perpetuar la ocupación y, *mañana*, un Estado binacional que entonará el *requiem* por el Estado judío.

Sea lo que fuere, el sionismo político ha agotado su tarea histórica originaria. Si es cierto que las ideologías no mueren jamás, sino que cambian simplemente de contenido en función de las circunstancias históricas y de las pasiones de los hombres, entonces el sionismo no es ya hoy más que la expresión de los vínculos entre el centro nacional israelí y la periferia de la diáspora. Con otras palabras: la expresión ideológica moderna de una realidad tan antigua como el propio pueblo judío.